

LOS INCUNABLES BURGALESES ⁽¹⁾

En términos absolutos puede afirmarse que los orígenes de la imprenta en España no están suficientemente esclarecidos y que todavía no puede asegurarse a ciencia cierta cuál fué la primera ciudad de ella donde se estableció.

Han contribuído a esta incertidumbre: primero, los pocos ejemplares que se publicaban, que ha dado lugar a que con el tiempo los incunables o sean todas las obras que se imprimieron desde la cuna de la imprenta hasta el año 1.500 inclusive, sean clasificados en comunes, raros, rarísimos y totalmente desaparecidos; segundo, el secreto que parece se mantenía entre maestros, oficiales y aprendices sobre su arte, por querer conservar la tradición de la copia manuscrita que indudablemente tenía más remuneración que la impresa; y tercero, la costumbre que, quizá por la anterior causa, adquirieron algunos impresores de no consignar sus nombres, ni el año ni hasta la localidad de impresión.

Sin embargo, de lo dicho anteriormente, está reconocido generalmente que Valencia fué la primera ciudad española donde apareció este maravilloso invento en el año 1474 con las *Obres ó trobes en la hors de la Verge Maria*, que carece de fecha y del nombre del impresor, aunque con muchos visos de verosimilitud se cree fué aquel año y el impresor el tudesco Lorenzo Palmart y el español Alfonso Fernández de Córdoba, bajo la dirección del mercader alemán Visland: su contenido consistió en la colección de poesías que se presentaron en el Certamen celebrado en Valencia el 25 de Marzo de 1474 en honra de la Virgen María por la Cofradía de San Jorge, mártir, a expensas de D. Luis Desping, Virrey de Valencia por el rey D. Juan II.

Disputan a Valencia su prioridad tipográfica: Barcelona, con el folleto de 50 hojas «Pro condendis orationibus juxta grammatica le-

(1) Discurso leído en la fiesta del libro e inauguración de la Exposición del libro burgalés que celebró el Ateneo de Burgos el 7 de Octubre de 1930.

ges litterattissimi» de Bartolomé Mates, que aparece impreso en Barcelona a 8 de Octubre de 1468 por el impresor Juan Gherling: hoy se da poco crédito a este aserto, pues se cree que el año está equivocado por el de 1489 y porque no se conoce otra impresión barcelonesa hasta el 1475: Zaragoza, con el contrato de sociedad «ex parte artis impresoriae» celebrado el 5 de Enero de 1473 entre los alemanes Enrique Botel, Jorge Holtz y Juan Planch encontrado por don Manuel Serrano Sanz en el Archivo de rotocolos de dicha ciudad; y Segovia, con las Constituciones Sinodales aprobadas en el Sínodo celebrado en Aguilafuente y terminado el 10 de junio de 1472, que el obispo Arias Dávila mandó que a los seis meses de celebrado las tuviesen en su poder todos los curas, arciprestes, cabildos y universidades de la diócesis; y en efecto, Colmenares, en su *Historia de Segovia* asegura, que se imprimió el Sínodo en cuanto se concluyó «siendo sin duda de las primeras cosas que se imprimieron en España». Un ejemplar de éstas Constituciones Sinodales ha encontrado D. Cristino Valverde, archivero diocesano de Segovia, sin fecha ni lugar de impresión, pero con caracteres de extraordinario arcaísmo.

Burgos, puede también entrar en esta competencia, pues aunque su primer incunable, de fecha conocida es la Gramática de Gutiérrez de Cerezo, de 12 de Marzo de 1485, hay fuertes indicios de que esta fecha puede remontarse al 1474. Aunque Rodrigo Méndez Silva no pruebe su afirmación de que el arte de la imprenta se introdujo en Castilla, poco después del 1452, ni Jerónimo Román en sus *Repúblicas del mundo*, que lo fué algo más tarde del 1458, en que la implantó en Italia Conrado Menan, parece lo cierto según Terreros y Burriel en su *Paleografía española*, pág. 31, de que al principio del reinado de los Reyes Católicos entró el arte de la imprenta en Castilla, porque antes del 1474 no se hallan obras impresas en ella.

Está ya averiguado que los primeros impresores que aportaron a nuestra patria se establecieron con preferencia en las ciudades más ricas y populosas, donde se convinieron con las estidades eclesiásticas y seglares y también con los particulares para publicar los trabajos que los encomendaban: a veces se concertaban con los Ayuntamientos durante uno o dos años para imprimir modelajes que les pagaban por trimestres vencidos, y otras, determinado número de obras, concluidas las cuales se trasladaban de residencia llevándose su imprenta o dejándola establecida en la ciudad que abandonaban. Pues bien, siendo Burgos cabeza de Castilla, y teniendo en la segunda mitad del siglo XV una importancia política, comercial, artística y literaria muy considerable, es muy racional suponer que a ella acudiesen des-

de luego los primeros Maestros tipógrafos que apareciesen por esta región.

La Iglesia Católica se aprovechó prontamente de los beneficios de este prodigioso descubrimiento para la multiplicación de la Biblia, obras de Santos Padres, Misales, Breviarios, Rituales, Diurnos, Libros de canto y de coro, Libros de Horas en latín y en romance, Libros de oraciones, Manuales de Sacramentos, Antifonarios, Oficio Parvo, etc. Para conservar la forma tradicional de su confección los primeros impresores procuraban imitar los manuscritos en sus letras capitales miniadas; sus adornos, cenefas y figuras de colores brillantes, y acostumbraban a no poner pie de imprenta ni colofón, por lo cual se hace muy difícil señalar su fecha con exactitud; sin embargo, otros la llevan en el siglo XV y casi todos en el XVI. Notables son en el concepto del arte los Breviarios de Braga, Pamplona, Granada, Calahorra, Segovia, Sevilla, Burgos, Santiago, de 1483, Salamanca, Lérida, de 1479, Badajoz y Palencia y el Misal de Zaragoza, impreso por Pablo Hurus, en 1485.

Respecto del Breviario de Burgos nos cuenta el P. Flórez, en el tomo XXVI de la España Sagrada, pág. 414, cómo tuvo en sus manos un «Breviario antiguo de Burgos, impreso en el siglo XV, sin constar el año y sitio, pero es de las primeras impresiones de la Europa», que fué del uso del canónigo Bartolomé Sedano, capitular ya en 1507, que en el de 1514 consta ilustró dicho Breviario apuntando al final los sucesos que iban acaeciendo. Haebler afirma que no es seguro si se imprimió en España o en Venecia, pero se inclina a creer «salió de alguna oficina española de las ambulantes por los años de 1480». Es lo más probable que se editara en Burgos, siguiendo la costumbre de otros Cabildos que llamaban a los impresores a su residencia para que a presencia suya los reprodujesen, porque no querían desprenderse de libros que tenían en grande estimación por su contenido tradicional y su riqueza en miniaturas, adornos, pinturas y dorados. De este Breviario burgense el único ejemplar se halla en la Sección de Raros de la Biblioteca Nacional de Madrid y se cuenta que fué copiado de un Códice que existe en el Archivo de la Iglesia Catedral de Burgos, que se exhibió en la Exposición de Arte retrospectivo tenida en esta ciudad en 1921. Dadas las vacilaciones de Haebler respecto a su fecha e impresor, podemos considerarlo como el primero o uno de los primeros incunables burgaleses.

Este bibliófilo eminente se encuentra muy perplejo en las primeras manifestaciones de la imprenta en Burgos, pues si por un lado le cuesta remontarla más allá del año 1485, por otro vemos que escribe en la

Tipografía ibérica del siglo XV «Los primeros libros hechos por Fadrique Alemán, de Basilea, que llevan fecha, son de 1485, pero como hay otros compuestos con los cuerpos de letras más antiguas que en este empleara, es casi seguro que vivía y trabajaba en España hacía ya algún tiempo». Y en otra parte: «En los libros compuestos por el mismo y Weusler ya en Basilea, desde 1470, emplearon un cuerpo de letra en el que la mayor parte de las mayúsculas tenían carácter romano, y las minúsculas gótico, y estas mismas particularidades presenta la fundición más antigua que Fadrique empleó en Burgos»: «trabajó en Burgos, por lo menos desde 1485 a 1517, y es el único que durante toda la vida permaneció en la misma ciudad en que había comenzado». «Se conocen ya cinco o seis libros compuestos con los más antiguos cuerpos de letras que usó Fadrique, los cuales desaparecieron desde 1487. Es por lo tanto muy probable que el Guterrius de 1485 no sea exactamente su primera obra, sobre todo si se tiene en cuenta que lleva ya algunas iniciales grabadas en madera, que faltan en otras obritas hechas con los mismos caracteres». «También se encuentran los primeros ensayos en el arte del grabado». Estas manifestaciones de Haebler corroboran nuestro avance en la imprenta burgalesa.

El permanecer Fadrique continuamente en Burgos, lo atribuyó a que debió casarse en esta ciudad, y esto se desprende de que su hija Isabel de Basilea, casada hacia el 1519 con Alonso de Melgar, y después del 1525 en que murió éste, con Juan de Junta, falleció en Salamanca en 1575, y es de suponer racionalmente hubiera nacido en Burgos, estando viviendo en ésta su padre por lo menos desde 1485.

Como este impresor moró en la Plaza de Santa María, en las casas del Cabildo Catedral, llamadas «de la enplenta», correspondientes entonces a la parroquia de Santiago de la Fuente, incorporada a la de Santa Agueda en 1731, inspeccioné el Archivo parroquial de esta última con intención de encontrar algún dato referente a Fadrique de Basilea y no hallé desgraciadamente ninguno.

También es una desgracia que no se hayan conservado los primeros incunables burgaleses, o de que, de algunos que conocemos no se pueda fijar con precisión el año de su impresión. Tal acontece con otro que le tengo por tan antiguo como el Breviario de Burgos mencionado. Me refiero a la *Vida, Martirio y Translación de San Vitores*, natural de la villa de Cerezo, que cita Nicolás Antonio en su «*Bibliotheca Hispana Nova*» I pág. 75, sin añadir más indicaciones tipográficas que está impresa en Burgos en folio, y que su autor es Fr. Andrés Gutiérrez de Cerezo, Abad que fué de Oña y murió en 1503. Esta

obra fué escrita por el año 1466, y tuvo que editarse antes que el Guterrius, porque en ello tenían más interés el mismo Cerezo, autor de las dos y el patrocinador de las mismas, D. Luis Osorio de Acuña, obispo de Burgos. Haebler, juzga, en mi concepto, equivocadamente, que es posterior al 1485, del año 1487, por la futil razón de que los tipos usados en ella son exactamente iguales a los empleados por Fadrique de Basilea en la primera edición del «Doctrinal de Caballeros», de Alonso de Cartagena, del mismo año. Conforme en que lo imprimiera Fadrique Alemán; pero no se fija Haebler en la circunstancia de llamarse el autor en la «Vida y Martirio», bachiller, prueba de que era muy joven cuando compuso la obra, mientras que en el colofón de la primera edición de la «Gramática», consta que era profesor de retórica en Salamanca. El único ejemplar que se conoce de la «Vida y Martirio» lo vendió el librero Vindel en 1929, a un particular: era procedente de la librería del marqués de Lavrencin, a quien se lo regaló don Fernando Fernández de Velasco que lo tuvo mucho tiempo en su librería de Villacarriedo. Lo tengo por lo menos como del año 1475, y el marqués citado en el informe que publicó de este incunable en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», de Noviembre de 1908, afirmaba: «Es pues esta obra una de las primeras, sino la primera publicada en Burgos; y es también la más antigua hasta el día conocida de todas las historias de localidades que han sido hasta hoy impresas».

Tengo también por del año 1475 otro incunable burgalés, el «Sacramental» de Clemente Sánchez de Vercial, de cuya edición príncipe, que no tiene indicaciones tipográficas, hay un ejemplar en la Biblioteca Nacional de París y otro en la del Escorial: la mayor parte de los bibliófilos la suponen del año citado, pero de la imprenta sevillana. Haebler, con más conocimiento de causa, por el estudio que realizó en el ejemplar del Escorial, de sus caracteres tipográficos y singularmente por el empleo de las mayúsculas romanas y la *rr* perruna, se inclina por la imprenta de Fadrique de Basilea; pero difiere erróneamente de la fecha al señalar la de 1484, tan solo porque no posee noticias que antes de este año morara y trabajara en Burgos el mencionado Fadrique.

No saliéndose del estudio de los caracteres tipográficos, Haebler es muy seguro; pero cuando se sale de ellos aventurando juicios y años o comparando incunables es muy deficiente, y por eso se le han hecho tantos reparos, especialmente por el chileno D. Fernando Bruner y Prieto. Si el mismo reconoce con Gallardo y otro bibliófilos que esta impresión es la edición príncipe del «Sacramental», no hay

más remedio que considerarla anterior a la de Sevilla de 1476. Hidalgo, refiriéndose al ejemplar que fué del librero de Toledo don Blas Hernández dice: «es anterior a este último año y tal vez el primer libro que se imprimió en Sevilla y aun en España. De todos modos su existencia ignorada hasta ahora viene a aumentar las dudas de cuál fué la cuna de la imprenta en nuestra patria, y qué libro el primero que salió de sus prensas».

De este incunable que comenzó a escribir Vercial en Sigüenza el 3 de agosto de 1421 y acabó en fin de marzo de 1423 en la ciudad de León no duda Haebler de su impresor, pero a última hora sí de su fecha: por eso en la segunda parte de su «Bibliografía Ibérica» ya no se atreve a fijar año a este incunable, y añade que no se han resuelto aún las dudas sobre su origen tipográfico. Esta ligereza también la observo al querer anular la personalidad de Frederico de Burgos, impresor de la «Gramática» de Gutiérrez de Cerezo, pues asegura que Frederico de Burgos y Fadrique de Basilea son dos nombres del mismo personaje, porque así lo ha deducido del estudio comparativo de los caracteres tipográficos del «Artem Gramaticam», editado por aquél, y de las obras impresas por éste.

El estudio comparativo de los caracteres de imprenta no es suficiente para fijar con certeza hechos históricos que requieren otra clase de prebuas, bien porque diversos impresores pueden acudir a los centros fabriles para surtirse de los mismos tipos de letras, bien porque los primeros incunables aparecen envueltos entre nieblas o son raros o han desaparecido; y así de Frederico de Burgos hasta el día no se conoce otra obra que saliera de sus talleres.

¿Cómo explica Haebler que hasta el día no se sepa que Fadrique de Basilea haya usado el nombre de Frederico de Burgos más que en repetida obra? ¿Por qué en este solo caso se aparta de la costumbre notada por el competente bibliógrafo don Cristóbal Pérez Pastor, de que muchos de los primeros impresores en España no acostumbraban poner el verdadero apellido que tenían (que en Fadrique era Fedérico Biel) prefiriendo fijar la patria de origen con tal que ya en ella estuviera desarrollada la imprenta? Lo indudable es, que en la mayor parte de sus ediciones siguió esta costumbre con las denominaciones de Frederico de Basilea, Fadrique de Basilea, Fadrique Alemán, Fadrique Alemán de Basilea y Fadrique de Basilea Alemán. ¿No podría tener alguna relación de parentesco con Frederico de Burgos, Juan de Burgos que ya imprimía en esta ciudad con el título de maestro en Octubre de 1489 y cuyos caracteres de imprenta eran muy parecidos a los de Fadrique de Basilea y Frederico de Burgos? ¿Y no pudiera ser de la

misma familia el también iluminador como Juan de Burgos, Diego de Burgos en 1481? Así lo he encontrado en una carta de venta de 24 de Abril de dicho año en el archivo parroquial de San Pedro de la Fuente: por ella venden unas casas, que están enfrente de las de Gil Ruiz Embito a la Villanueva Margareto Almonaci y su mujer Leonor Alvarez a Diego de Burgos, iluminador.

Mientras todo esto no se aclare no me atrevo a negar la personalidad de Frederico de Burgos, de un impresor español (y por las trazas burgalés), cuando en su misma época había ya uno en Valencia, Alfonso Fernández de Córdoba, y tres en Sevilla formando sociedad, Antonio Martínez, Alfonso del Puerto y Bartolomé Segura.

La importancia de los incunables como de todo libro, se suele apreciar en el mercado por su rareza o por su precio y concretándose a los burgaleses, diré: que del Breviario de Burgos, el único ejemplar que se conoce se halla, como ya se ha dicho, en la Sección de raros de nuestra Biblioteca Nacional; el de la Vida, Martirio y Translación de San Vitores, en poder de un particular a quien se lo vendió don Pedro Vindel en 1929; el «Quaderno de las Alcabalas» del 1486 en la Biblioteca Real de Munich; el «Angeli politiani» en la Biblioteca provincial de Evora; el «Liber primus Giulio Caesaris» de Antonio de Nebrija, de 1493, en el British Museum de Londres; el «Luceso de la Vida christiana», de Pedro Ximénez de Prexamo, del que no se conoce más ejemplar que el citado por Floranes; el «Alconiae probae femini eruditissimi» etc., en la librería de Pedro Vindel; la «Cárcel de Amor», de Diego de San Pedro, de 1496, en el Museo Británico; el «Libro del antichristo» de 1497, en la Biblioteca Nacional de París; el «Baladro del Sabio Merlin con sus profecías», en la librería de los herederos de don Pedro José Pidal; las «Leyes del estilo y declaraciones sobre las Leyes del fuero» de 1498, en la Biblioteca Real de Madrid; «Orationes ad plenum collectae etc.», de 1498, en la Biblioteca Nacional de París; «La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus dalgarbe de 25 de Mayo de 1499, en poder del señor Archer W. Huntington; la «Stultiferae naves de Judueus Badis Ascensius», de 1499, en el British Museum; la «Comedia de Calisto y Melibea», de Fernando de Rojas, de 1499, en la librería de S. Pierpon Morgan; «La Epístola de San Bernardo a rreimundo cauallero, su sobrino», en la Biblioteca del Escorial; la «Leyenda de los Santos», de Jacobo de Voragine, impresa por Juan de Burgos, en el British Museum; el «Ritual de la Santa Iglesia de Burgos», impreso por Frederico Alemán, hacia el 1500, en la librería de don Joaquín Fernández Villarán, de Villarcayo; la «Crónica de España», de Diego de Valera,

de 1487, en nuestra Biblioteca Nacional y en el British Museum; el «Doctrinal de Caballeros», de don Alonso de Cartagena, está tasado en tres mil francos; en la Biblioteca de Evora sólo se encuentran los incunables burgaleses, «San Basilio Magno», de Leonardo Aretino; «Pauli primi heremitae de Divi Hieronymi y Disticha de Martiales»; la «Historiia Troyana», de 1497, en la Biblioteca Universitaria de Coimbra; el «Tratado de amores de Arnaldo y Lucenda» de 25 de noviembre de 1491, en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia; la Crónica, de Diego de Valera, de 1491, en la Biblioteca Estenza de Modena; «La Passión», de hacia el 1493, en el British Museum; el «Falconia probae» de 1496, aproximadamente, en la librería de don Vicente Castañeda; «Los doze trabajos de ércules», compilados por don Enrique de Villena, de 8 de agosto de 1499, están tasados en 9.500 marcos; «Forma libelande», de hacia el 1499, en la Biblioteca Real de Munich; «Antigüedades de España», de Antonio de Nebrija, en la librería de Jac Rosenthal, de Munich; «La premática nueva que los Reyes mandan guardar en el traer de la seda», en la Real Academia de la Historia; y los dos últimos incunables descubiertos «El Lunario o Sumario de Astrología», de Bernardo de Granollachs, de 1493, en la Biblioteca Nacional y el Tratado de infantia salvatoris en la Biblioteca de Bolonia y en la Nacional de Madrid.

De los 93 incunables burgaleses que tengo registrados, 64 son ciertos, 29 dudosos y 39 de fecha probable: de ellos, la inmensa mayoría fueron parto de la imprenta del insigne Faddrique de Basilea; cuyas impresiones por ser notabilísimas son muy admiradas por los amantes de la bibliografía; como el «Doctrinal de caballeros», de don Alonso de Cartagena; la primera edición de la «Celestina», de Fernando de Rojas, cuyo único ejemplar fué vendido por el librero Quaritch, de Londres, en 146 libras esterlinas; la traducción de la «Divina Comedia», del Dante, hecha por el Arcediano de Burgos, don Pedro Fernández de Villegas, de 1515; la «Cárcel de Amor», de Diego de San Pedro, en la que pueden verse los primorosos grabados españoles según el Sr. Sempere y Miquel, aunque otros disienten de este parecer, y los «Refranes famofifimos y provechosos glofados», de 1515, notabilísimos por su contenido, su rareza y su depurado gusto tipográfico.

Se distingue este impresor, además, por ser uno de los primeros que publicaron en España pliegos sueltos de la literatura popular llamada «de cordel», por la cuerda que generalmente los sujetaba en la vía pública cuando los exponían a la venta, cual el pliego rarísimo: «Como un rústico labrador astucioso con consejo de su mujer

engañó a unos mercaderes»; y ser el fundador y maestro de una escuela de impresores burgaleses que se distinguió sobremanera por el esmero que ponía en los trabajos que se la ordenaban: Por eso, nada menos que el celeberrimo Arnao Guillén de Brocar encomendó en 1512 a Fadrique de Basilea y costeó a sus expensas una edición del Diccionario de Nebrija, y Fernando de Rojas quiso desde Toledo fuese el primer impresor de su famosa «Celestina».

Su buen gusto artístico, sus caracteres y hasta su marca de impresor comunicó a su hija Isabel de Basilea y a sus yernos Alonso de Melgar, que en su vida le tuvo como oficial mayor de su taller, y del que hace grandes elogios Salvá, y a Juan de Junta: Este y su hijo Felipe de Junta que le tuvo de la citada Isabel, emplearon excelente papel en sus impresiones, tinta sumamente negra e indelible, caracteres bellos y limpios, todo lo cual dió justo renombre a la imprenta burgalesa en el siglo XVI y a que se estampara al principio del Registro 56 del Archivo de la Catedral de Burgos la siguiente nota: «Este año de 1567 se imprimió con licencia del Cabildo en Sede vacante por el Famoso Impresor Phelipe de Junta en aquella letra gótica que usaba entonces con las Estampas de los Misterios de Nuestra Señora abiertas en madera y las letras iniciales, en tamaño de octavo, de dos dedos de grueso, poco más o menos; el Oficio de la Virgen con la Pasión y otras oraciones.»

Burgos está en deuda con Fadrique de Basilea, a quien por lo menos debía dedicar una calle para conservar su memoria, y lo más acertado sería levantarle una estatua en medio de la Plaza de Stá. Mária, delante de la Puerta Real de la Catedral donde trabajó constantemente en las casas llamadas entonces «de la enplenta».

El presente trabajo está sacado de la obra del que esto escribe, titulada «La Imprenta en Burgos y su Provincia», cuyo manuscrito original adquirió la Biblioteca Nacional en 1928 y del que no quedan más que dos copias, una en la Sala-Cidiana de la Excelentísima Diputación Provincial, que se dignó sacarla, y otra en poder del autor, y de una Adición a dicha obra que está elaborando el mismo.

DOMINGO HERGUETA.